

lágrimas y el mudo dolor de Juana y las palabras que á mí me dicte en aquel instante el corazón, ¡y nuestro triunfo será completo!»

Estaba yo por casualidad en el puente del buque real, donde á la ida me habia aconsejado bondadosamente la Reina que permaneciese, para que con la influencia de las suaves brisas marinas me molestase ménos el mareo á que sabía era muy propenso. Allí me vió Juana y desde allí la vi yo á ella, en el instante en que el buque se ponía en movimiento, al compas de las atronadoras aclamaciones del pueblo, que se extendía en oleada infinita, desde la orilla del mar á las laderas de Albóniga, y aún á las cúspides del Sollube, que coronaba.

La mirada que aquella desventurada mujer me dirigió, juntando las manos en ademán de súplica, encerraba dolor y desconsuelo cuya intensidad no hay pluma ni lengua humana que narre!

Alguna de las mil navecillas hermosamente engaladas y tripuladas por aquellos gallardos, valientes y generosos pescadores y marinos del litoral vizcaíno, que habian acudido de todos los puertecillos á saludar á los Reyes, á *erreguechúa* (el reyecito), como llamaban al príncipe de Asturias, cuya gracia y viveza les enamoraba, y á la infanta doña Isabel, cuya angelical modestia y cuyas largas trenzas de pelo hacían llorar de ternura y admiración á las sencillas aldeanas; alguna de aquellas navecillas, que debían tornar al puerto despues de acompañar al buque real hasta que éste doblase el cabo de Ogoño, se hubiera encargado gustosa de llevar á la pobre y desolada Juana una palabra de esperanza y con-

suelo con que yo le diese fortaleza para volver á su ^{Reina fué tal,} hogar; pero traspasado de dolor en presencia de su dolor y desconsuelo, no me ocurrió esta idea hasta que ya era imposible utilizarla. Lo único que me consoló fué una carta que dirigí á Leandro, apénas regresamos á Zarauz, encargándole que inmediatamente dijese á Juana que la Reina no desistía de visitar á Bilbao, y entónces pondríamos en práctica mi proyecto, encaminado á obtener el indulto de Severino.

XXXIII.

LA MADRE DE LAS MADRES.

Al fin se señaló el día en que la córte debía hacer su proyectado viaje á Bilbao.

Yo tenía mi familia en Zarauz, y tanto por no exponerla, como por no exponerme al mareo con navegación relativamente tan larga, determiné regresar con ella á Bilbao por tierra, y así lo hice, anticipando un día mi viaje al de la córte, que al fin tuvo que hacerle también por el ferro-carril, con motivo de haberse maleado casi repentinamente la mar.

Apénas llegué á Bilbao, fuí á ver á la familia de Gorostiza, que Francisco me dijo haberse trasladado á su casa de la Estufa, con motivo de la próxima llegada de la Reina á Bilbao, pues Mari-Santa profesaba entrañable adhesión á la Reina, no por afinidad política, pues en tales honduras no se metía ni se creía apta para me-

base Mari-Santa, sino por afinidad de corazón de mujer y madre.

El dolor ajeno que doña Mari-Santa lloraba aquel día (pues no había día en que no tuviese que llorar dolor ajeno), era muy justificado: aquella mañana habían amputado en el hospital una pierna á un hermoso niño de seis años, hijo de unos pobres y honrados artesanos, y doña Mari-Santa, que había ido á consolar á la angustiada madre de aquel desgraciado niño, que no se apartaba un momento del lado de su pobre hijo, había vuelto hecha un mar de lágrimas.

Juana, la de Inchaurre, á quien Leandro se había apresurado á comunicar mi carta, se había repuesto del desconsuelo con que volvió de Bermeo, y esperaba de la venida de la Reina la salvación de su hijo.

Así que supo mi llegada fué á verme, y concertamos la ejecución de mi proyecto, salva aquella parte que dependía de la eventualidad.

Declinaba la tarde del día siguiente.

Las campanas y *chupines* (1) de Begoña, que encontraron inmediatamente eco en las campanas y *chupines* de Bilbao, Abando y Deusto, anunciaron que la Reina saludaba á su vez, desde frente á la Península de Echébarri, á aquel insigne santuario que se descubre desde allí.

Como por encanto, la populosa y rica villa se vistió de gala, no satisfecha con lo mucho que su capítulo municipal había hecho para embellecerla, y el recibimiento

(1) Unos morteretes de hierro con que se hacen salvas en las grandes alegrías y solemnidades.

que aquel noble y culto pueblo hizo á la Reina fué tal, que su entusiasmo rayó en delirio, como suele decirse en estos casos, no siempre con tanta razón como entónces. ¡Qué contraste tan singular entre aquel magnífico y entrañable recibimiento, y el que la invicta villa hizo, algunos años después, á aquel desdichado príncipe italiano, que llevando como irrisoriamente el nombre de rey de España, entró en Bilbao sin que una voz popular le saludase, ni apénas un balcon ni una ventana se engalanase ni iluminase en su obsequio!

— ¡Me parece éste el día más feliz de mi vida! exclamó la Reina llorando de alegría y emoción al retirarse á sus habitaciones, dulcemente perseguida aún por el amor y las aclamaciones populares, y deslumbrada por aquellos torrentes de luz que tornaban la noche en día clarísimo, pues hasta allá sobre los collados de Begoña aparecía, como suspendida en el espacio, una gigantesca cruz de fuego y oro y diamantes, en que la república begoñesa había convertido la alta torre de su insigne santuario.

Al día siguiente dedicóse la Reina á visitar los templos y los establecimientos de beneficencia, dejando en ellos grata memoria de su piedad y de su caridad inagotable.

El hospital civil de Bilbao es establecimiento que, tanto por la magnificencia del edificio, como por su sábia y honrada administración, constituye uno de los blasones más gloriosos de la villa. La Reina, que ya llegaba al atrio de aquel piadoso establecimiento, profundamente conmovida con la incesante ovación popular de que era

objeto en todas partes, sintióse mucho más conmovida aún al fijar su atención en una gran lápida de mármol, colocada sobre la puerta principal, para conmemorar un gran acto de clemencia con que su augusto padre había señalado su visita al mismo establecimiento, hacia treinta y siete años.

Yo había previsto la emoción que había de experimentar con aquella inesperada memoria y aquel ejemplo de misericordia de su padre, y esperaba que aquella emoción había de ser fecunda en bien.

Para todos los enfermos tuvo la Reina palabras y obras de esperanza y consuelo verdaderamente maternas; pero cuando se acercó al lecho de aquel inocente niño, cuya desventura y la de su pobre madre había yo visto llorar á Mari-Santa, toda su compasión de mujer, de cristiana y de madre se desbordó de su corazón é inundó sus ojos de lágrimas. Besó y consoló con el entrañable amor de madre al pobre niño, se identificó con el dolor de la que velaba á la cabecera de su lecho, y no hubo género de consuelo que no le prodigase, incluso el de proporcionar medios de subsistencia para lo porvenir al inocente inválido; y quebrantado su corazón por el infortunio de aquella tierna criatura de Dios, se retiró á una sala inmediata, para reponerse un poco de la profunda emoción que experimentaba.

Aquel instante era el que con ansia esperaba yo hacia tiempo. Entre la muchedumbre que llenaba la galería, Juana esperaba con ansia infinitamente mayor, que yo la condujese á los pies de la reina, en quien estaba su única y última esperanza. Abríle paso por medio

de la multitud, y conduciéndola á presencia de S. M., que al notarlo se apresuró á anticiparnos muestras de su benevolencia, la pobre Juana, temblorosa, desolada, cegada por el llanto, sin acertar á pronunciar una sola palabra, entregó á la Reina el memorial que yo le había redactado.

—Señora, dije á la Reina, esta pobre madre solícita de V. M. un gran acto de misericordia. Grande es el dolor de esa otra madre con quien V. M. llora aún, pero el de ésta todavía sería mayor si ambos no se diferenciase en que el de la madre de ese pobre niño apenas tiene remedio en lo humano, y el de ésta no necesita más que una palabra de V. M. para que le tenga completo.

—Pues ten por pronunciada esa palabra, y ¡gracias por haberme proporcionado el consuelo de pronunciarla! me contestó la Reina, añadiendo á Juana palabras tan generosas y dulces que dejaron en sus labios, como en los míos, una bendición que siempre debía unirse á la memoria y el nombre de la magnánima reina y tierna madre que hoy llora el más injusto de los destierros.

Si hubiese quien llevase á mal que en un libro consagrado á enaltecer la virtud y la ternura de la santa madre de familia, en vez de fantasear hechos y caracteres, los busque el autor en sus recuerdos de la vida real y en los de la vida de una ilustre mujer que ocupará una de las páginas más gloriosas de la historia patria, el autor no se arrepentirá de haber procedido como procede.

Mal caballero, y mal cristiano, y mal español sería si á aquella á quien viéndola feliz sólo le pidió la gracia

que hoy conmemora, viéndola desgraciada le negase la justicia que le debe.

Algunas semanas despues el pobre presidiario regresaba al hogar paterno, libre por la clemencia de la Reina, pero condenado á muerte por los padecimientos físicos y morales que habia experimentado, y á principios del año siguiente se cumplia el más ardiente de sus votos, que era morir bajo el techo donde habia nacido, y descansar para siempre en el santo huertecillo de Abando!

XXXIV.

LAS ALMAS FUERTES.

Era por la primavera de 1867 y yo vivia con mi familia en Durango, á cuya villa y merindad tenía mucho cariño, porque en todos conceptos eran dignas de que se le tuviera por lo apacible y hermoso de su clima y suelo y por la honradez y bondadoso carácter de sus habitantes.

Sabía yo que Leandro hacia cerca de un año estaba en Bélgica dedicado al estudio teórico-práctico de la industria ferrera, pues sus padres y él, de comun acuerdo, habian decidido establecer una importante ferrería, dotada de los grandes y radicales adelantos modernos, en el solar de una antigua que poseian en la cuenca inferior del Cadagua.

Esta decision tenía el doble objeto de asegurar el porvenir de Leandro y devolver á su padre aquella vida siempre activa y ocupada que habia tenido casi desde

niño, y tanto echaba de ménos desde que quedó reducida casi á la ociosidad.

El casamiento de Leandro y Rosita se habia aplazado, por acuerdo de ambas familias, para cuando Leandro volviese del extranjero y plantease el proyectado establecimiento industrial.

Francisco solia escribirme y darme noticias no sólo de la familia de Gorostiza, sino tambien de las de Goyerri, adonde subia algunas tardes en sus paseos con D. Juan.

En una de sus cartas me decia: «Doña Mari-Rosa y su marido son los de siempre. Doña Mari-Rosa sigue llamando á su hermana el corregidor de Almagro, y Don Pedro lamentándose de que es más esclavo que los de Guinea. Su mujer continúa aconsejándole que lo eche todo noramala y se dé buena vida, y le veo cada vez más inclinado á seguir al fin este consejo, que me parece ha de dar resultados contraproducentes, así como creo que los ha de dar buenos el de doña Mari-Santa á D. Juan, que, como recordarás, fué siempre que volviese á la vida activa, como el mejor remedio de su aburrimiento.»

Un dia recibí una carta del mismo Francisco, cuyo preámbulo me alarmó sobremanera: «Por evitarte un gran sentimiento (me decia Francisco) no he querido decirte nada de los contratiempos que en sus intereses han experimentado, en lo que va de año, nuestros buenísimos amigos de Gorostiza, cuya fortaleza de ánimo (que es grande, lo que será para tí gran consuelo como para mí lo es) Dios ha querido poner á prueba, despues de colmarlos de prosperidad y dicha durante tantos años.